



Enrique Bacigalupe Aguirre

(q. e. p. d.)

TRAZAR la semblanza de Enrique Bacigalupe resulta sumamente fácil para quienes con él convivimos. El joven e infortunado montañero era uno de estos seres que el Todopoderoso elige para que le den custodia en el Cielo apartándole de las miserias mundanas. En Bacigalupe se aunaban muchas de las virtudes que por regla general se dan en los montañeros como cosa propia, genuina, tal vez porque su vida sana, al aire libre, frente al sol y entre los riscos predispone al bien sentir a su alrededor la maravillosa obra del Orfebre que forjó la Naturaleza.

Enamorado de la montaña, desde temprana edad, parecía Enrique Bacigalupe vivir solo para ella, sin que consiguiese reducir sus aficiones el recuerdo de la trágica muerte acaecida a su padre en Gorbea en la noche del 30 de Julio de 1927. Fecha infausta que ha cobrado triste actualidad con motivo de la dramática ascensión al Mont-Blanc, removiendo las cenizas de la desgracia de una familia tan grandemente afectada por ambos luctuosos sucesos.

Enrique era un muchacho todo sencillez y bondad. Bajo una apariencia de hombre serio, el corazón le retozaba de alegría, advirtiéndose ello bien en esos momentos de intimidad familiar o amigable en que las personas se muestran tal y como son. ¡En cuántos «fuegos de campamentos» habrá participado Bacigalupe con su humor de la mejor ley! Aquéllos que fueron sus camaradas le recordarán... Activo y despierto, el malogrado montañero se iba constituyendo en uno de los pilares de este deporte, porque cada vez estaba más dentro de él; cada vez más identificado con quienes compartía tales aficiones. En poco más de una docena de años, se había transformado en un experto y avezado montañero y, dejando a un lado meras ascensiones prodigadas por doquier, había pasado al campo de la escalada, efectuando algunas que escalofrían al recordarlas. Con veintisiete años, era el Jefe de la Escuela de Alta Montaña del Frente de Juventudes y si hay que mencionar uno de los casos en que una persona representa casi una entidad, ahí queda el de Enrique Bacigalupe como ejemplo de organizador entusiasta y eficaz, en una tarea de proselitismo que será siempre recordada.

La Delegación Regional, reconociendo su valía le llevó recientemente a su seno, otorgándole la vocalía de Escalada y Alta Montaña. Los trabajos que inició y llevó a cabo, hablan de su eficiencia y conocimientos.

Bacigalupe no conocía otra afición que la Montaña. Otros deportes, fútbol, ciclismo, boxeo, atletismo... no le atraían y de ahí que cuando no estaba en ella se encontrara aburrido, descentrado. Y él seguía día a día el camino que le trazaba su irrefrenable pasión sin poder sustraerse al influjo de la Montaña, cual mariposa que busca la llama a sabiendas de que puede acabar con su existencia. Pero ¿cómo un hombre en la flor de la edad, fuerte, sano y jovial, confiado en su experiencia y facultades, va a sentirse pesimista? Cuando partió de Bilbao, aquél 12 de Julio, con sus siete camaradas de expedición, tres de los cuales iban a correr idéntica suerte que él, Bacigalupe creía encontrarse muy cerca del logro de sus aspiraciones inmediatas: la conquista de la cumbre más alta de Europa. Y el Mont-Blanc, amorosamente, como a uno de sus hijos predilectos, le acogió bajo su blanca hopalanda en un sueño del que no habría de despertar...

Enrique Bacigalupe Aguirre excelente muchacho, gran camarada, ferviente cristiano y magnífico español, sucumbido en aras de un ideal: ¡descansa en paz!

B.